

DOCENCIA Y VIDA: CONTRAPESOS DE UNA PRÁCTICA COMPLEJA

Silvia Ivette Grappin Navarro*

Yadira Rivera Ortiz*

Frankcis Maryna Gallardo Romagnoli¹

Introducción

Cada actividad laboral se dota de una valía en la medida en que le es útil a los demás. Así, todos los servicios prestados al entorno social, natural, económico, tecnológico, etc., son importantes y requieren de saberes específicos, que no siempre resultan ser conocimientos académicos. Por ello, los saberes y las prácticas deben tener diversos ángulos y criterios de valoración; en el caso de las profesiones, se requiere complementar las evaluaciones centradas en el academicismo o la productividad con campos que den cuenta del ser integral de los profesionales, donde la parte emocional, la salud y la vida familiar sean igual de importantes para reconocer el equilibrio, pues sin él ninguna actividad será plena.

La docencia como profesión y actividad laboral ha tenido una historia en la que se pueden identificar no solo los indicadores propios de una práctica fundamentada en alguna teoría educativa, estrategia metodológica, reforma o conjunto normativo, en el “deber ser” o mediante los recursos implementados, sino también a través de la valoración que socialmente se le ha otorgado. Y es que el papel de la escuela, la enseñanza, el aprendizaje y la figura misma de profesor no han significado siempre lo mismo ni para la sociedad ni para el propio docente.

Entre lo que actualmente encontramos como un inmenso mar de información formal de corte histórico y conceptual sobre la

¹ Profesoras de la Facultad de Pedagogía en la Universidad Veracruzana.

docencia, lo que se plantea como indicadores de calidad en los organismos internacionales, las reformas y normatividad nacionales, y toda aquella información informal expresada en medios digitales a través de imágenes, videos y textos cortos a modo de bromas, reclamos, analogías y sarcasmos -entre otros-, es sumamente necesario que cada docente se reconozca; que conforme una identidad a partir de la reflexión de su propia práctica, pero a la luz de la mayor cantidad de ámbitos, principalmente, de aquellos asociados a sus emociones e intereses, a su salud y a su vida familiar. Porque en las trayectorias de los docentes cada devenir es único, valioso, y es la semilla de saberes que permitirá realmente fortalecer el conocimiento y el reconocimiento social.

Desde un sentido pedagógico, nos gustaría recuperar una de las tantas nociones de práctica docente, por reflejar lo anteriormente expresado; es un concepto de Fierro, Fortoul & Rosas (1999) que la señala como “como una praxis social, objetiva e intencional en la que intervienen los significados, las percepciones y las acciones de los agentes implicados en el proceso” (p. 21).

Así expresada, se nota claramente la doble dimensión -por hacer una división muy somera- a la que nos referimos: praxis social y objetiva, como profesión y acción laboral, con principios, metodologías y fundamentos en instituciones formales, pero intencionada, donde cada profesor ejecuta la toma de decisiones; todas ellas, recargadas más en sus propias experiencias, intereses, saberes y posibilidades, expresados en esas percepciones y significados, pero al final solo está la acción. Una acción o un cúmulo de acciones que pueden ayudar a vislumbrar hacia dónde transitan el ser y el quehacer de la docencia.

Es por lo que, en el presente escrito, nos hemos aventurado a intercalar tres perspectivas y experiencias de docencia que tienen como punto de encuentro una misma institución de educación superior, una misma licenciatura, un mismo colegiado y una intención formativa, pero a la vez una gran cantidad de diversidades en la visión, las experiencias y la estructura de vida. Somos tres académicas de la Facultad de Pedagogía-escolarizado, Xalapa,

de la Universidad Veracruzana, hermanadas en sexo, profesión, práctica laboral y académica, pero con circunstancias de vida diferentes, con retos diversos y aspiraciones complejas.

Nuestro ideal de buen vivir implica en todo sentido la profesión y actividad laboral que desempeñamos, pero hemos descubierto que, como seres humanos, nuestros intereses y emociones nos impulsan a intentar separar cada ámbito, y que la importancia de lo familiar y de la salud no podemos continuar postergándola. De ahí la idea de los contrapesos, pues la actividad docente universitaria cada vez demanda más roles y funciones, cada vez exige mayor rendición de cuentas y el trabajo parece inagotable, pero ¿dónde queda la persona?, ¿desde nuestro sexo qué se nos demanda?, ¿hacia dónde reconstruimos las prácticas y cómo las entrelazamos? ¿Qué preocupaciones nos agobian?, ¿qué nos da felicidad?

De ninguna manera queremos dar un giro catártico a nuestro compartir, sino a modo de acercamiento y panorama, presentar tres historias, tres discursos, tres maneras de afrontar el reto docente desde circunstancias específicas que expresan lo intelectual, lo emocional, lo heurístico, y con ello develar un camino a nuevas pedagogías que acojan saberes diversos, intimidades que impulsen el fortalecimiento de una práctica que, per se, es compleja y que ha de reconocerse como tal para revalorarse.

Entretejidos en la búsqueda del buen vivir siendo docente: Tres experiencias

Comenzaremos exponiendo que, para nosotras, el encuentro con la noción del buen vivir ha permitido deconstruir nuestras nociones de educación, de pedagogía y, por supuesto, de docencia. Se identifica su comienzo en pueblos originarios de Latinoamérica, y en lo que respecta a México, se considera necesario recuperar la forma en que las comunidades totonacas de Huehuetla, en Puebla, la refieren: “Tapaxuwan Latamat” (Chan y Castillo, 2022, p. 8), que alude a una existencia que solo tiene sentido en el servir, trabajar desde y para lo colectivo, que es, en esencia, la dirección de la docencia.

Coincidimos, asimismo, con Gudynas (2011), quien expone que se pueden señalar algunas características principales que han de considerarse ante la adopción de la perspectiva del buen vivir:

1) otra ética para reconocer que todo lo que nos rodea es objeto de valor, 2) la descolonización de saberes que implica reconocer, respetar y aprovechar la diversidad, 3) dejar atrás la racionalidad de manipulación e instrumentalización dando lugar a la integración y cooperación, 4) incluir una vocación orientada al encuentro, diálogo o interacciones entre los diferentes saberes, 5) concepciones alternas de la naturaleza donde el ser humano es un integrante más de la trama de la vida, 6) dar lugar a lo no-humano como seres o espíritus dependiendo de la cosmovisión, así como 7) otorgar un espacio para la expresión de los sentimientos o afectos. (p. 4).

Todos estos posicionamientos no son posibles si no acudimos a reaprender qué es la vida y, en este caso, qué es la docencia, pues la información académica que poseemos regularmente viene de una formación que aún es colonialista; entendida esta de la forma en que la conciben Arguello y Anctil (2019) cuando señalan que se trata de “una colonialidad camaleónica que se va reinventando a sí misma desde las dinámicas contemporáneas y se hace patente en los apremiantes desafíos humanitarios, las crecientes inequidades, la amenaza bélica mundial, la pérdida de la primacía ética, la degradación medioambiental, entre otras muchas manifestaciones” (p. 1); cuyo mayor triunfo consiste en hacernos pensar en ella solo de modo histórico, como un suceso pasado, cuando las ideologías de los países dominantes siguen plasmadas en las propuestas formativas, simplemente, desde el sesgo de fuentes bibliográficas que debemos leer para profesionalizarnos.

Y, en contraparte, asumimos también su posicionamiento sobre la decolonización cuando la plantean como “un horizonte particularmente amplio, diverso y fecundo para afectar las prácticas de enseñanza convencionales o las estructuras escolares repetitivas, y promueve, a su vez, espacios de autorreflexión para el cuerpo profesoral en su ejercicio pedagógico cotidiano.” (Arguello y Anctil, 2019, p. 3).

Expresado lo anterior, compartiremos un breve panorama de nuestro ser docentes desde nuestro quehacer profesional, en vínculo con algún otro aspecto de nuestra vida, de nuestro ser integral y de nuestra identidad.

Contrapesos: Responsabilidades académicas Vs cuidado de la salud

Existen muchos estudios y fuentes que he leído, que hablan de docencia y salud, tanto física como mental -incluso ha formado parte de los tópicos interdisciplinarios con los que he trabajado y hasta tesis he dirigido-, pero si debo ser honesta, mi salud ha sido una y mil veces sacrificada en el proceso de formación y consolidación docente.

Expresar esto pareciera fácil, pero no lo es, porque es sumamente difícil tomar conciencia de ello debido a que, en realidad, “todos andamos igual”; es decir, en el gremio docente hemos normalizado el descuido de la salud.

Siempre comparto con mis estudiantes que “nadie da lo que no tiene”, y luego, al pensar que la docencia -aun cuando es una actividad altamente demandante- requiere de un profesor equilibrado, caigo en cuenta de que cada profesor debería modelar esa formación integral plena, y veo que ese es, en primer lugar, mi reto personal. Chan (2022) dice que “hay autores que señalan al Buen Vivir en correspondencia con perspectivas espirituales (no físicas o materiales) que puede contribuir a la reconstrucción del Buen Vivir fomentando relaciones armoniosas con todo lo existente”. (p. 9); y, en los últimos años, he caminado hacia la búsqueda de la armonía con mi entorno, reconociendo esa parte espiritual de mi ser que debe ser también educada y compartida

Como docente, tuve la fortuna de ser formada en una época donde no se nos encasilló en una sola forma de ver y hacer docencia, sino que aprendí a tener una perspectiva crítica y ser flexible, ajustando mi práctica al entorno; lo cual fue un elemento significativo, porque los primeros diez años de mi andar docente tuve un transitar

interinstitucional en muchas escuelas de educación superior de corte privado y en una pública. Aunque debo reconocer que sí mantuve todo ese tiempo una concepción de docencia muy específica, que me condujo a ser altamente comprometida con mi práctica, al punto tal de sacrificar muchas otras áreas, principalmente el descanso.

Inicié mi labor docente en nivel medio superior a los pocos días de haber egresado de la licenciatura en pedagogía, con apenas 23 años y cumpliendo ya el rol de esposa y madre de tres hijos muy pequeños. En pocos meses me postulé para una maestría en la misma universidad pública en la que estudié, pero era autofinanciable, así que conseguí trabajo como docente de educación superior en cinco universidades privadas diferentes para completar, con los sueldos obtenidos, el pago de mis estudios de posgrado. La carga de trabajo de planeación, revisión de tareas y construcción y calificación de exámenes era igual de pesada que el desplazamiento por toda la ciudad de lunes a domingo. Mi perfil y gusto por la investigación hicieron que tuviera trabajo en muchas licenciaturas, pues enseñaba principalmente estadística aplicada a la investigación o metodologías de la investigación.

De este modo conviví con múltiples y diversas áreas del conocimiento, enfoques y formas de trabajo; desde ahí me causaron siempre inquietud las distintas formas de entender y vivir la docencia y se fue fortaleciendo en mí la idea de un docente que siempre tenía que dar más de sí mismo, quizá como compensando a veces las vivencias y observaciones de prácticas deficientes. Aunque hoy recuerdo voces de profesoras con mayor edad que yo aconsejándome, muchas cosas -el cuidado de la salud, la fuerza y motivación de la juventud, los intereses y el enfoque en metas claras, y, sobre todo, la necesidad- me hicieron ignorar esos consejos.

La salud física y, principalmente, la salud mental de cada ser humano es una de las áreas más valiosas de la vida, y en el caso de la docencia es un aspecto que incluso puede llegar a afectar a terceros.

De la Guardia y Ruvalcava (2020) recuperan el concepto de salud de Milton Terris (2003), que señala que se trata de un “estado de bienestar físico, mental y social con capacidad de funcionamiento y no solamente ausencia de enfermedades o invalidez” (P. 82).

No reparé, hasta hace poco, en que este “buen funcionamiento” está vinculado a esta noción de salud. La lucha por conseguir una consolidación profesional, una seguridad laboral y un ingreso que cubra las necesidades de mi familia, me han hecho pasar por muchos picos emocionales que van desde experiencias de inmensa alegría hasta otras de profunda decepción; aunado a lo anterior, el cansancio extremo, la falta de sueño, los malos hábitos alimenticios y la inexperiencia en el manejo de emociones fueron mermando mi salud.

Sin embargo, al hacer conciencia, al buscar otros fundamentos y formas de ser docente, y al poner en una misma valía otras áreas de mi vida, he aprendido a construir mis entornos y a negociar conmigo misma, escuchando a mi cuerpo y a mis sentimientos.

No hay una docencia de calidad si el profesor no tiene salud; es una premisa que me atrevo a garantizar, y es necesario que en los procesos de formación de formadores y en los procesos de selección de personal docente, se incorporen criterios no sólo académicos, porque la credencialización de los saberes no es garantía de una práctica docente que sea pertinente, ética y profesional.

Eliminemos de a poco, y de modo conjunto, aquellos indicadores sociales que nos orillan a las mujeres a cumplir con deberes que van en contra de la naturaleza humana, con roles designados y participaciones dirigidas, solo por la idea de sacrificio asignada al sexo o por la violación de derechos a los que sumisamente nos resignamos, pues estas siguen siendo ideas y prácticas en las que, desde una perspectiva decolonial, nos corresponde incidir.

Sin embargo, la idea de formar un vínculo entre docencia y salud del docente, no tiene -desde mi opinión en esta narrativa- perspectiva de género, pues cualquier docente está actualmente sometido a

una serie de exigencias y requerimientos que los empuja al límite de sus capacidades, pero dado que social y físicamente las mujeres tenemos más responsabilidades y menos oportunidades -sobre todo, por procesos de maternidad-, sí es necesario recalcarlo.

Docentes, nos invito a escuchar nuestro cuerpo; es sabio. Nos invito a acercarnos a la naturaleza en busca de salud o equilibrio; a mí, el camino de la espiritualidad y de la sustentabilidad me han hecho deconstruir mi percepción y concepto de docencia, para vivirla con armonía y respeto por mí misma y los que me rodean. No lo planteo como un único camino o una metodología rígida, pero sí como una posibilidad desde una práctica flexible y heurística en la educación, como reflejo de un cúmulo de experiencias personales y las de muchos amigos y amigas docentes.

Contrapesos: Consolidación profesional Vs emociones e intereses

Como docente de la Facultad de Pedagogía ha sido muy satisfactorio apuntalar en la formación de los estudiantes de varias generaciones, con una antigüedad de trece años, ya que me gusta la docencia y apoyar a estudiantes en el ámbito académico y profesional. He de compartir que la docencia formó parte de mis ideales e intereses desde muchos años atrás de conseguirlo; yo me visualicé como profesora y la lucha de mi situación formativa y laboral siempre se encaminó a lograrlo.

La docencia es un quehacer profesional que exige formación continua, profesionalización y, en el caso de la institución en la que yo me desempeño, se deben cubrir los lineamientos de la universidad para lograr llegar a una consolidación como docente de tiempo completo. Este proceso se redacta de forma tan sencilla en unas líneas, pero el camino para conseguirlo es arduo; las horas y esfuerzo para estudiar, sobre todo, de forma alterna a ejercer un empleo académico, se sostiene de un interés firme y de un control de emociones.

Soy una persona sencilla en mi actuar, recatada en mis expresiones y diálogo, porque he aprendido a manejar mis emociones, y considero que ello me ha permitido el logro de muchas de mis metas; mi encuentro con la línea de formar lo socioemocional como responsabilidad primera del propio docente, nace de mis experiencias iniciales en el área de la orientación educativa de nivel medio superior.

La autora Pacheco-Salazar (2017) recupera los postulados de Vaello (2009), quien habla de competencias socioemocionales y las refiere como un "conjunto de habilidades que permiten interactuar con los demás o con uno mismo de forma satisfactoria" (p. 19), a partir de lo cual dice que los docentes deben entrenar estas competencias, no solo en sus estudiantes, sino consigo mismos, "pues no está exento de carencias que puede subsanar en campos tan decisivos como la autoestima, resiliencia, automotivación, respeto, persistencia, autocontrol, responsabilidad, fuerza de voluntad o empatía" (p.106).

Todo ello para mi es una realidad muy sentida cuando pienso y vivo la docencia, porque como docente de nivel superior tengo la responsabilidad social de guiar a jóvenes, y considero la parte emocional un eje para el movimiento de todos los elementos que convergen en un proceso de enseñanza-aprendizaje. En este sentido, y con los actuales trabajos académicos que desarrollo al interior de un colegiado (Cuerpo Académico) al que pertenezco, la noción del buen vivir ha venido a complementar mi perspectiva, mi práctica y la dirección formativa de estos jóvenes. Esta noción, si bien no es nueva, sí representa un campo emergente para lo educativo, para la docencia; Piedrahita (2020) señala que "se han ido creando discusiones epistemológicas hacia la valoración de conocimientos diversos y de las formas distintas en que han ido surgiendo. En un concepto como el Buen Vivir es importante conocer en qué contexto, desde dónde y para qué se produce el conocimiento. (Pp. 9-10).

Creo que este tipo de disertaciones son responsabilidad del docente frente a grupo, para consigo mismo, con sus estudiantes,

su institución educativa y la sociedad. Y es que en estos procesos y en algunos periodos, se tiene diversa carga de trabajo y largas jornadas, lo cual en ocasiones genera estrés, ansiedad, depresión, tristeza, nostalgia, y, ante esto, no se duerme las horas necesarias, se descuida la alimentación, no se ejercita el cuerpo y las relaciones familiares se minimizan.

Frente a lo anterior, ser docente tiene retos, como alcanzar la estabilidad emocional y ejercitar de forma productiva la docencia; de modo personal, para lograr un equilibrio he tenido que reconocer lo importante que es la gestión de las emociones, o como se le conoce en ciertos entornos, la inteligencia emocional. Esta gestión consciente favorece las relaciones afectivas con los estudiantes, compañeros de trabajo y la familia; además, permite crear ambientes armoniosos, favorece la comunicación efectiva, incrementa la motivación y productividad, y, en consecuencia, se genera el crecimiento personal y profesional.

Otro de los ámbitos recomendables para equilibrar las emociones y los retos profesionalizantes es procurar elegir temáticas de actualización que sean realmente del interés del profesor y de su necesidad en el ejercicio de su trabajo, porque el interés se convierte en un factor intrínseco de motivación y los logros, generalmente, otorgan felicidad.

Es difícil encontrar textos formales de felicidad y docencia, pero a modo de experiencia personal, este sería mi compartir; procuremos ser felices desde la docencia y para la docencia. Yo actualmente he optado por realizar ejercicio físico, lo cual me ha beneficiado en la disminución del estrés, ha mejorado mis estados de ánimo y con mucho entusiasmo realizo mis actividades académicas.

Contrapesos: Profesionalización, estabilidad laboral vs vida familiar

Primeramente, es importante considerar que, en México, específicamente en el caso de las mujeres, el nivel de profesionalización en correspondencia con la estabilidad laboral son dos indicadores que fluctúan cuando un tercer criterio aparece; por ejemplo, cuando se habla de vida laboral y la maternidad. Aunque la visibilización de la mujer en espacios académicos y científicos ha crecido actualmente, el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) muestra que la presencia de investigadoras decrece a medida que el nivel sube; lo anterior puede suponer que la producción académica y productiva intelectualmente de las académicas mexicanas se concentra en edades en las que no impacta la vida familiar o maternidad.



Ilustración 1. Las mujeres académicas y científicas en el Sistema Nacional de Investigadores. Colegio de México (s.f). Elaborado a partir de datos de CONACyT

Desde una experiencia personal, mi carrera académica y profesional tuvo su auge entre mis 26 y 30 años, cuando, a pesar de que me había casado, pude dedicar horas de mi día a la docencia y planeación de actividades académicas, a la producción y divulgación de conocimiento, a realizar estancias académicas fuera del país y a continuar mis estudios de posgrado; sin embargo, a los 30 años decidí convertirme en mamá y aunque me encontré

en una de las etapas más felices de mi vida, también fue la más inestable emocionalmente, pues mi vida académica y profesional decreció enormemente. No tenía tiempo ni energía de planear mis actividades laborales y mucho menos de generar investigaciones a fin de divulgarlas. Mi trayectoria en el posgrado se vio afectada y tuvo que ser detenida sin un periodo posible de determinar para retomarla.

He vivido y comprobado que la maternidad, desde el embarazo, constituye un proceso y etapa de vida que demanda de la mujer y su familia una responsabilidad muy grande, y que ello indiscutiblemente tiene consecuencias en su trayectoria profesional y laboral. Debo reconocer que tuve la fortuna de vivir esta experiencia dentro de un matrimonio donde recibí el apoyo total de mi esposo y de nuestras familias de origen, con una estabilidad y buen estado de salud, y que mi hija nació saludable y es una niña feliz. Pero desde un inicio sabía que cualquiera de estas situaciones podía haber faltado, y puedo ser empática con quienes no han tenido estos privilegios, porque una vez que se tiene un hijo, la incertidumbre es un elemento permanente que te acompaña.

Mi visión como docente y el reconocimiento de mis estudiantes, se tornó diferente después de experimentar la maternidad, y la necesidad de consolidarme profesionalmente, de obtener una estabilidad laboral, hoy día, es mayor que cuando mi hija no estaba en mi vida. La familia ahora representa para mí un motor que me impulsa, porque las circunstancias de la vida académica en el nivel superior son altamente demandantes y estoy en constante riesgo de descuidar o sacrificar el tiempo y atención en mi hogar.

La encrucijada es contante, permanente, diaria; la lucha por cumplir con todos los estándares sociales y académicos, y los que yo misma como mujer me impongo, me han llevado en ocasiones a sentirme frustrada, cansada y emocionalmente desgastada; y otras ocasiones veo todo lo que tengo, lo que he logrado y todas mis posibilidades de continuar y consolidarme. Veo a otras mujeres, siento el apoyo y el cariño, y me motivo demasiado para luchar por mis aspiraciones. Con todo lo anterior, que es una mínima y muy

general parte de mi vida y experiencia, he replanteado mi docencia y la visión de mi profesión, la pedagogía.

El relacionarme con mis colegiados y la actualización de saberes, me hacen coincidir con los postulados del buen vivir como un elemento que debe transversalizar el currículum y las prácticas formativas, no solo en el nivel superior, sino en todo el sistema educativo. Y es que tal como lo plantea Rivera Cusicanqui (2015), citada por Macarena (2020, p. 63), es la comunidad a quien, desde esta perspectiva, se considera como el sujeto, porque se requiere de miradas y acciones comunitarias, y es que no habrá manera de decolonizar el papel de la mujer en la docencia si continuamos con la perspectiva individualista y competitiva de la globalización.

Mientras sigamos considerando las experiencias de cada persona de forma aislada, demeritando situaciones y experiencias solo porque no nos interese comprender, no podremos avanzar en la renovación de la práctica docente ni en la consolidación de lo humanitario.

Quizá mi propia experiencia parece común en la vida de muchas docentes y eso hace que muchos no le otorguen la valía que amerita, eso es un hecho solo con la revisión objetiva de leyes y oportunidades laborales, pero justo por ello quiero comunicarla y plasmarla como reflexión desde un ámbito académico; la docencia y la maternidad deben reivindicarse desde las experiencias de vida de sus actores. Tampoco podría generalizar que todas las profesoras experimentan lo que comparto, y en ello radica la riqueza, en el reconocimiento y el diálogo de la diversidad.

Finalizo exponiendo que la estabilidad laboral en el campo de la docencia, en nuestro país, cada vez se diluye más, haciendo que la perspectiva social de la docencia como formación y acción laboral se demerite. Se requiere que las autoridades educativas replanten este quehacer profesional desde el reconocimiento de su impacto social. Si la estabilidad laboral de la práctica docente estuviera realmente correlacionada con la profesionalización, se obtendrían resultados en la estabilidad emocional, intelectual, física y social del trabajador y trabajadora de la educación.

Reflexiones finales: a quienes buscan recorrer este camino

Existen muchos retos para repensar la docencia, las experiencias de los y las docentes son un campo fértil, y son una sentida necesidad; por ello, estos espacios de expresión se convierten en semilleros para el análisis y la nueva producción de saberes.

Afortunadamente, vemos que el interés por la práctica docente persiste, a pesar de las condiciones laborales actuales y la influencia de las redes en las representaciones sociales sobre docencia.

Desde esta triada de compartires que retomaron una perspectiva humano-académica, que le apuesta al buen vivir como la nueva perspectiva para el ejercicio docente y como un hábito de vida, se invita a quienes ya ejercen o quienes buscan trabajar en este ámbito, a que adopten posicionamientos críticos, pero que comiencen por el análisis de su propia persona.

Reconocerse como persona cuando se habla de sí mismo como docente, no es algo común; los indicadores de rendimiento académico son lo que se prioriza cuando se hacen análisis e incluso autoanálisis de las prácticas formativas. Reflexionar de esta manera, hace que se deconstruyan y reconstruyan las nociones, las valoraciones y, por tanto, las acciones.

Igual que los padres, los profesores olvidan su juventud y sus propias experiencias estudiantiles cuando son docentes; la connotación del “nombramiento” pesa, más aún si en el entorno más cercano le empiezan a tratar y a comunicarse anteponiendo solo el “maestro/a” y le tratan con más “respeto” o “consideraciones”, estas trampas sociales hacen que a veces se pierda distancia. Un profesor no debe ignorar el motivo de su llegada a la docencia y el sentimiento que le genera enseñar.

La docencia es parte de las humanidades, y un requisito básico vocacional de esta profesión es que te agraden o toleres muy bien a otros seres humanos (quisiéramos que el criterio fuera el amor, la comprensión y la empatía, pero al menos la tolerancia funcionaría);

entonces, a todos esos profesores que no toleran a otros seres humanos ya sea por su edad, su condición económica, de salud o sus preferencias ideológicas, religiosas, políticas o sexo-genéricas, les invitamos a replantear y evaluar su salud mental, sus intereses y emociones, sus aspiraciones laborales y de formación-actualización docente.

Se necesitan maestros más humanos. Con ello no descartamos los indicadores formales de calidad, pero lo cierto es que estos últimos se logran de manera natural cuando existe vocación, interacción personal, comunicación empática, compromiso institucional y responsabilidad social.

La rendición de cuentas del quehacer docente debe reconsiderarse al punto tal que se renueven los criterios de perfil y selección del profesional de la docencia, no basta con los títulos, los conocimientos teóricos o un manejo rígido de metodologías educacionales -pero sí son sumamente necesarios-; hacen mucha falta los valores y el reconocimiento de las multidimensiones en el ser y el quehacer docente, de la complejidad y la integralidad. Cada docente es un mundo, cada práctica dentro de un aula es una situación diversa; aprendamos a compartir, colaborar, expresarnos y comprendernos.

Aprendamos a leer y valorar experiencias como saberes que guiarán las nuevas concepciones, los nuevos posicionamientos, las nuevas prácticas. La docencia está en evolución, la docencia está en reconstrucción; seamos los actores de su nueva conformación.